

¿La socialdemocracia secuestrada?



José Félix Tezanos
Director de *Temas*

En momentos en que cunden los problemas sociales y en los que los ciudadanos están preocupados, y en ocasiones abrumados, por las incertidumbres ante el futuro y por las altas tasas de paro, precarización laboral, pobreza y otras carencias, el panorama político no presenta la claridad que muchos desearían.

Cuando la necesidad de las alternativas socialdemócratas –que dieron resultados tan positivos en otras etapas históricas– es más acuciante, su realidad se encuentra confrontada por crisis de liderazgo, por inercias clientelares esclerosis y en ocasiones también por la carencia de un proyecto programático y estratégico claro, pertinente y capaz de suscitar apoyo y entusiasmo entre aquellos sectores que en otros momentos apoyaron a los partidos socialdemócratas.

Ausencias políticas

El respaldo electoral a formaciones y líderes populistas y a izquierdas imposibles, junto al conformismo resignado de núcleos significativos de la población, está conduciendo a un auténtico callejón sin salida, que no hace sino consolidar los intereses económicos más insolidarios y cortoplacistas.

Por esta vía se está llegando a mapas político-parlamentarios en los que tienden a imponerse los que más vociferan y los que menos escrúpulos tienen para manipular y engañar a los sectores desengañados y desesperados, mientras que se hacen notar las ausencias –y la falta de impulso– de aquellas fuerzas políticas que históricamente demostraron capacidad para aportar los entendimientos necesarios y para contribuir con soluciones y alternativas eficaces a los retos de la justicia social y de la cohesión y la estabilidad política. Me refiero a los socialcristianos y, en especial, a los socialdemócratas.

El debilitamiento de tales enfoques, y las tendencias a la difuminación de sus proyectos, ha dado

lugar a que buena parte de los países europeos tengan actualmente modelos económicos que ya no pueden ser caracterizados como paradigmáticos de ese ideal de “economía social de mercado”, que se encontraba entre los propósitos nucleares del proyecto europeo, de cuya fecha fundacional ahora se cumplen sesenta años.

El conservadurismo rancio y la prevalencia de los grupos económicos más insolidarios, junto a la falacia teórica de los planteamientos neoliberales, era evidente que nos acabarían conduciendo a un desastre social y medioambiental. Como está ocurriendo, y como empieza a visualizarse palmariamente en nuestros días.

Ante este panorama, la ausencia de una socialdemocracia genuina puede arrastrarnos a situaciones problemáticas e imprevisibles, en las que muchas personas no se encuentran adecuadamente representadas. Lo cual está propiciando sentimientos de orfandad política y de desafección institucional. Algo que puede llevar a una crisis sistémica y de confianza de efectos imprevisibles y, en cualquier caso, negativos para los intereses de todos.

La entropía socialdemócrata

¿Cómo se ha podido llegar a una situación de esta naturaleza? Y ¿cómo se puede salir de ella? Estas son probablemente las dos grandes cuestiones a las que es preciso aportar respuestas clarificadoras en el debate político.

En el panorama político actual influyen muchos factores, entre los que está la propia tesitura en la que se encuentra la socialdemocracia europea, con cierta pérdida de consistencia interna y con la correspondiente crisis de representatividad que todos conocemos. Algo que no se puede arreglar ni con “buenismos unitarios”, tan ingenuos como inespecíficos, ni con manifestaciones elementales de “voluntad de ganar” (?).

Si la socialdemocracia se encuentra donde está es porque su proyecto nuclear se ha ido diluyendo progresivamente hasta llegar a un punto en el que apenas se pueden encontrar diferencias sustantivas con otros proyectos políticos. Al menos, muchas personas a las que la socialdemocracia tendría que representar no las encuentran. Y eso es un problema serio en sí mismo.

Los esfuerzos por arrastrar a los partidos socialdemócratas hacia posiciones cada vez más moderadas e indiferenciadas ha dado lugar a que una parte apreciable de su electorado se desplace hacia otros partidos más izquierdistas.

Cuando las gentes de mi generación éramos jóvenes, en el interior de partidos como el PSOE existía bastante sensibilización ante lo que entonces se calificaba como el "entrismo troskista". Algo que se zanjó con la expulsión del grupo "*Militant*", un sector nutrido y bien organizado que funcionaba dentro del PSOE, en unos momentos en los que estaban prohibidas las tendencias y las corrientes organizadas, bajo la influencia aún de las experiencias traumáticas vividas en este partido durante los últimos años de la Segunda República y la Guerra Civil.

Años después, cuando en el PSOE empezó a declinar el impulso reformista, tras la ruptura con la UGT, la reducción drástica de la influencia de Izquierda Socialista y el comienzo de la "exclusión" de todo aquello que olía a "guerrismo" –como se decía entonces con clara intención *maniquea*–, comenzó a hablarse en el PSOE, medio en broma medio en serio, de una "infiltración social-liberal", e incluso neoliberal.

Lo cierto es que, en pocos años, tanto en el PSOE como en otros partidos socialdemócratas europeos, se inició el desmontaje sistemático de la influencia socialdemócrata pura. Buena parte de tal "depuración" se aderezó con campañas de intoxicación informativa, orientadas a quebrar el prestigio y la credibilidad de aquellos líderes socialdemócratas que tenían mayor respaldo popular. Líderes a los que se solía presentar en los medios de comunicación social como "rojos", "anticuados", "nostálgicos" y "radicales peligrosos". Y, en algunos casos, incluso como corruptos, sometiéndoles –a ellos y a sus entornos cercanos– a

procesos judiciales que, generalmente, años después quedaron reducidos a la nada. Pero eso no importaba, ya que los efectos y los objetivos políticos se habían alcanzado previamente con el descabezamiento de tales líderes. Los ejemplos de tal proceder fueron numerosos en casi todos los partidos socialdemócratas europeos, durante un período de tiempo al que podríamos denominar como la "noche triste" de la socialdemocracia europea.

La "noche triste" de la socialdemocracia europea

Muchos de los líderes socialdemócratas más consecuentes, que fueron objeto de tan dura persecución por parte de una poderosa alianza mediática-económica-política, acabaron convertidos en figuras meramente simbólicas y residuales, o bien quedaron extraditadas en ámbitos internacionales, o bien fundaron nuevos partidos –como hizo el otrora Presidente y líder del SPD Oskar Lafontaine–, o bien llegaron incluso al suicidio, como ocurrió con el prestigioso y muy honesto líder socialista francés Pierre Eugène Bérégovoy, que no pudo soportar tamaña ignominia.

Determinados grupos de poder ajenos a la socialdemocracia deben cejar en su intención de tener personas de "su confianza" en el interior de los partidos socialdemócratas.

El resultado de esta operación fue que durante años los partidos socialdemócratas –con pocas excepciones– quedaron en manos de una nueva élite tecnocrática y social-liberal de gestores y burócratas profesionalizados que llevaron a cabo políticas de bajos vuelos gallináceos, que no despertaban apenas entusiasmo y que se conformaban con objetivos pequeños y fragmentados. Objetivos que intentaban presentar a la opinión pública como los resultados de una "mejor gestión" que aquella que podían realizar los políticos netamente conservadores. Todo ello mientras se mantenía una atenta vigilancia para evitar que en los partidos socialdemócratas pudieran aparecer, o resurgir, nuevos líderes que no estuvieran dispuestos a someterse al *statu quo* del poder establecido. Y cuando surgía alguno –como Josep Borrell en el PSOE– inmediatamente se le cortaban las alas.

Por esta vía, la nueva coalición de poder formada en el interior de los partidos socialdemócratas acabó acomodándose a los parámetros generales del modelo neoliberal establecido, con los resultados económicos, sociales y políticos que ahora estamos viendo. Y con una derivada que resultaba inevitable a medio plazo. Es decir, con un malestar, que ha crecido a la par del deterioro laboral y social, y que no ha encontrado cauces adecuados y creíbles dentro de los partidos socialdemócratas. Por lo que ha tendido a proyectarse y

mantener la credibilidad —y el apoyo— entre los electores socialdemócratas. Al final, de tanto forzar las cosas, se ha llegado a un desastre social y político. Es decir, se ha abonado el terreno para una crisis interna, y de representatividad, en los partidos socialdemócratas y se han desgastado sus liderazgos de tal manera que el malestar se tiende a orientar hacia otros espacios políticos e ideológicos. El último ejemplo es el derrumbe espectacular del Partido Laborista Holandés, que se ha situado al borde de la desaparición, como antes ocurrió en Grecia, con el PASOK.

Tales acontecimientos no están teniendo otro efecto que añadir tensiones, incertidumbres y problemas al sistema político como tal. ¡Menuda eficacia y sentido común, pues, el de los aprendices de brujo del *entrismo* social-liberal! Y menuda situación han dejado como herencia en los partidos socialdemócratas. Herencia que solo se podrá superar recuperando la coherencia y las señas de identidad propias, por la vía de la democracia interna, el juego limpio y la lealtad personal



C. BARRIOS

en nuclearse fuera de tales espacios. En unos países en forma de pujantes partidos populistas e incluso neonazis, mientras que en otros lo ha hecho —al menos de momento— en forma de “izquierdas imposibles”, que han dado lugar a mermas notables en los espacios electorales de los partidos socialdemócratas, produciendo una división sustantiva en los votos y las representaciones de la izquierda en general. El efecto más palmario de tales fragmentaciones está siendo que puedan continuar gobernando determinados partidos conservadores, aunque hayan visto reducidos sustancialmente sus apoyos.

Consecuencias desastrosas

Los efectos del secuestro de la socialdemocracia ya están bien a la vista de todos, de forma que ahora tenemos un balance preciso sobre los resultados de la labor de aquellos que han presionado para intentar llevar a estos partidos por una senda que no era la suya, hacia posturas que intentan ser presentadas como “razonables” y “realistas”, pero que no son las que pueden

Y, desde luego, no se alcanzará si determinados núcleos de poder, ajenos a la socialdemocracia, no entienden que no pueden pretender tener a sus “personas de confianza” en el interior de los partidos socialdemócratas, y si continúan esforzándose en presentar a los que ganan las primarias, o pueden ganarlas, como “rojos extremistas y peligrosos” y no sé cuántas cosas más. ¿Qué entenderán algunos hoy en día por “extremistas peligrosos”? ¿Quiénes son en realidad los extremistas peligrosos? ¿Los que cuestionan la democracia y sus métodos, e intentan interferirla y mediatizarla, o los que la defienden y la practican con sentido de la decencia y de la coherencia personal y política?

Frente a las prácticas entristas y los esfuerzos de intoxicación informativa, en bastantes lugares lo que se está viendo son movimientos de reacción, y de recuperación del entusiasmo perdido, entre muchos ciudadanos y afiliados de partidos políticos como el PSOE.

TEMAS